

Hablar contra el silencio

Luis Antonio de Villena

En muchas novelas de Eduardo Mendicutti (Sanlúcar, 1948) suele darse un enfrentamiento entre lo lúdico y lo trágico. Es posible que algunos lectores lo tengan por un autor de novelas tan reivindicativas como chispeantes si sólo han leído títulos como *Una mala noche la tiene cualquiera* o *Tiempos mejores* por poner ejemplos iniciales...

Sí, Mendicutti (y él lo sabe) ha corrido a veces el riesgo –para lectores superficiales– de pasar por un seguidor andaluz de la tradición de autores tan importantes como incompletamente valorados cual Jardiel Poncela o Miguel Mihura. Pero es que, por sobre su facilidad para el donaire o para el humor ocasional, en Mendicutti siempre ha habido una vertiente reivindicativa y aún luchadora a favor de todos los humillados y ofendidos de la Historia (que son legión) y muy especialmente una vindicación de la varia condición homosexual, tantos siglos denostada. La aludida dualidad humor/reivindicación se nota especialmente en su última novela *Ganas de hablar* que es el soliloquio de un viejo mariquita de la Andalucía profunda, de un pueblo con mar que llama La Algaida, que se ha dedicado toda su pobre y aparentemente jovial vida a hacer la manicura («Haute Manicure» dice él) a todas las señoras más o menos bien de la localidad, que siempre se han divertido con el mariquitoso al que apodan –y para él es su verdadero nombre– Cigala.

Aunque sean novelas bien distintas, Mendicutti (nos lo recuerda una cita inicial) ha tenido en cuenta la gran novela del semi-maldito Ángel Vázquez, *La vida perra de Juanita Narboni* (1976).

Eduardo Mendicutti: *Ganas de hablar*, Tusquets, Barcelona, 2008.

Ciertamente también el Cigala ha tenido una vida perra, aunque su lado «salao» pueda despistar al principio. La novela es el soliloquio (no confundir con «monólogo interior», porque el «ello», el lado subconsciente apenas sale, algo en el capítulo final) de un viejo que habla para sí mientras cuida a su inválida y muda hermana Antonia –que fue en sus tiempos hembra de armas tomar– o charlotea (pero el lector sólo a él escucha) con personajes del pueblo y especialmente con una travestí amiga a la que llama «la Fallon». Resulta que el viejo Cigala es una institución del pueblo, los tiempos han cambiado –o tal parece– y al Cigala le van a dedicar una calle en su pueblo. Pero él escoge una que se llama Silencio y las fuerzas reaccionarias del pueblo (que siempre son más de lo que parece) se alborotan y encocoran pensando que la calle dedicada al Cristo del Silencio –por donde procesiona su paso en Semana Santa– va a estar dedicada a un viejo maricón, por muy simpático que sea...

En un cierto momento (y no nos engañamos) la novela parece adquirir un tinte social, al ver cómo se entabla la batalla entre quienes están a favor de una calle para «El Cigala» y quienes sin estar abiertamente en contra de que el Ayuntamiento le dedique una calle, de ningún modo tolerarán que se le quite su calle al Cristo del Silencio. Cigala está encantado con que le dediquen una calle y luego se deprime y llena de nervios y coraje cuando al fin se entera de que como él no da su brazo a torcer (es decir, si no le dedican la calle Silencio no quiere otra) finalmente se quedará sin calle, pese al «chaquetoncito de entretiempos» que le ha hecho para el evento Lali Rendón, una costurera de las de siempre... Al fin algunos «modernos» –entre ellos el cura Pelayo, que es un cura progre– le harán al pobre Cigala un acto de desagravio, poniendo en un papel su nombre a la calle, con cámaras y radios, pero todo se quedará en el pequeño alboroto mediático, pues el Cigala (que al final de la novela asiste a la procesión del Cristo entre «rempujones») obviamente se queda sin calle. Las cosas han cambiado, cierto, pero basta escarbar un poco para percibir que ni la mitad de lo que parece... Ese es uno de los lados agridulces de *Ganas de hablar*: el pueblo de La Algaida sigue siendo clasista y más conservador de lo que aparenta. (No sé por qué recuerdo de repente las palabras que tanto repetía en su vejez la estrafalaria pintora

Maruja Mallo, «la culpa de todo, en este país, la tiene la joía mística»).

Sería fácil decir que lo mejor de la novela de Mendicutti es la recreación de un habla con gracejo de Andalucía la Baja, debajo de la cual el viejo manicura ha tenido que resguardarse siempre para sobrevivir, algo así como el mariquita oficial, que jamás quiso quitarle al Cristo su calle, porque él se gasta toda la religión popular de su pueblo, como no podía ser menos; o afirmar que el «quid» de esta novela oral en todos los sentidos, viene del conflicto social que la anécdota argumental revela. Siendo todo ello esencial no es la estructura profunda y mejor de la novela. Su gran fuerza (aunque llegue después de la página cuarenta, hasta ahí la novela se fija con arte en un costumbrismo de buena ley) radica en el terrible drama íntimo que es la vida de El Cigala y que este va rememorando más –entre tantas historias íntimas suyas o de otros como el soliloquio apunta– a medida que la novela avanza y gana abiertamente en intensidad, hondura y conflicto interior. ¿Qué vida es la del Pobre Cigala con toda su «Haute Manicure, que debe pronunciarse como se lee en español? Su padre Rafael el Ostionero lo despreciaba (por marica) y un día le echó encima un serón de cagadas de burro –nunca olvidará el olor–, por supuesto le han llamado «maricón» por la calle miles de veces –como los «esquíns» se lo pintan aún un día en la puerta de su casa– y de niño, desesperado una vez, se quiso cortar los testículos, pero su madre entró a tiempo en la carbonera para llevarle al médico y parar la tremenda sangría... ¿Es esa –sólo apuntada– una vida de gracejo y mariquita salada? No, eso no era más que la cochina apariencia, y de ahí la función axial que tiene en todo el libro la fundamental oposición entre «habla» y «silencio», pues para sobrevivir el marica debió callar muchas cosas... Por eso él quiere la calle cuyo nombre detesta y en los malos días dice: «yo soy una maricona que lleva toda su perra vida haciéndoles las uñas a las señoritingas de La Algaida, por cuatro duros». Como es importante cuando susurra, casi al final: «hay que hablar, picha, hay que hablar.» Ese es el verdadero drama y el fondo terrible de esta novela con gracejo y sangre en la que Mendicutti sabe ver muy bien cuáles son las tripas sucias y terribles de cierto costumbrismo humillante que a tantos ha hecho reír, ajenos a un drama

humano desolador. Detrás de esta novela mejor que una callejita andaluza con tiestos de geranios, hay el esbozo de un lienzo de Bacon ©